

Adam Kubis'

En el documento central, en concreto en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, donde el Concilio Vaticano II «intenta exponer con precisión a sus fieles y a todo el mundo su naturaleza y misión uni-

, citation and similar papers at core.ac.uk

mos: «Jesús, el Hijo de Dios, mostró su amor dando su vida por nosotros. Por eso, nadie tiene mayor amor que el que da su vida por Él y por sus hermanos (cfr. *1 Jn* 3, 16; *Jn* 15, 13). Algunos cristianos, pues, ya desde el primer momento fueron llamados, y estarán llamados siempre los cristianos a dar este máximo testimonio de amor delante de todos, sobre todo de los perseguidores. Por el martirio, el discípulo se hace semejante a su Maestro, que aceptó libremente la muerte para la salvación del mundo, y se identifica con Él derramando su sangre. Por eso la Iglesia considera siempre el martirio como el don por excelencia y como la prueba suprema del amor. Aunque se conceda a pocos, todos, sin embargo, deben estar dispuestos a confesar a Cristo ante los hombres y a seguirlo en el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca le faltan a la Iglesia» (LG, 42).

El Decreto sobre el ecumenismo *Unitatis Redintegratio* enseña: «Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo y las obras de virtud en la vida de otros que dan testimonio de Cristo, a veces hasta el derramamiento de la sangre: Dios es siempre admirable y digno de admiración en sus obras» (UR, 4). Al hablar de «otros que dan testimonio de Cristo», el Concilio entiende aquellos cristianos que pertenecen a otras Iglesias y no están plenamente en comunión con la Iglesia Católica.

El Papa Juan Pablo II en su enseñanza, especialmente en las encíclicas, habla sobre el martirio. De modo especial en la carta encíclica *Veritatis Splendor* que el Sumo Pontífice dirige a todos los obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia. El Papa enseña que el martirio es la exaltación de la santidad inviolable de la ley de Dios (nn. 90-94). El Papa lo repite también en una carta apostólica, al concluir el Gran Jubileo del Año 2000: *Novo Millennio Ineunte*. Hablando sobre los tes-

provi

tigos de la fe, dice: «Sin embargo, la viva conciencia penitencial no nos ha impedido dar gloria al Señor por todo lo que ha obrado a lo largo de los siglos, y especialmente en el siglo que hemos dejado atrás, concediendo a su Iglesia *una gran multitud de santos y de mártires*. Para algunos de ellos el Año jubilar ha sido también el año de su beatificación o canonización. Respecto a Pontífices bien conocidos en la historia o a humildes figuras de laicos y religiosos, de un continente a otro del mundo, la santidad se ha manifestado más que nunca como la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia. Mensaje elocuente que no necesita palabras, la santidad representa al vivo el rostro de Cristo» (n. 7).

La enseñanza del Vaticano II y del Papa tratan evidentemente sobre el martirio y las mutuas relaciones entre el martirio y la Iglesia. En la presente reflexión sobre este tema me ocuparé de ofrecer el aspecto teológico de esta problemática. Por lo tanto, el artículo no va a ser una reflexión hagiográfica para honrar a *una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero* (Ap 7, 9). En este trabajo presentaré lo que es el martirio en sí mismo y en relación con la Iglesia de Cristo. Mostrará el sentido eclesial del martirio cristiano.

1. POSTURA DE LA IGLESIA ANTE EL MARTIRIO

La Iglesia de Cristo nunca ha puesto en duda la obligación del martirio. En la enseñanza de la Iglesia, se afirma que jamás se da una circunstancia en la que estaría justificado negar a Cristo. Al contrario, el martirio se percibe como primera y fundamental obligación¹. Hay que destacar que la postura de la Iglesia ante el martirio es muy equilibrada. Se excluye toda actitud extremista: la postura demasiado temerosa, de una parte, y la falta de prudencia o exceso de riesgo, de otra. Las dos posturas extremas se han dado en la Iglesia a lo largo de siglos. La Iglesia, ante estos excesos, responde indicando una regla de oro en caso de martirio. Tomado palabras de san Gregorio Nacianceno, enseña: «Esta es la ley del martirio. El cristiano no debe exponerse a persecución sin necesidad, en primer lugar para no dar a los perseguidores la oportunidad de cometer un crimen, y luego porque un cristiano debe tener en cuenta su propia debilidad. Sin embargo, cuando nos encontremos cara a cara con la lucha no debemos dar la espalda. Sería demasiado frívolo hacerse víctima por sí mismo, y, al contrario, sería pusilánime rechazar el don del martirio»².

1. E. PETERSON, *Zeuge der Wahrheit (Der Märtyrer und die Kirche)*, en *Theologische Traktate*, München 1951, 220.

2. «Lex autem martyrii haec est, ut, nec nos ultro ad certamen accedamus, hac nimirum ratione tum persecutoribus, tum imbecillioribus athletis consulentes, nec, cum praesentes sumus, certamen detrectemus; illud quippe temerarii ac praecipitis est animi, hoc timidi et ignavi», S. GREGORIUS THEOLOGUS, *Oratio XLIII*. In *Laudem Basilii Magni* VI, D-A: PG 36, 500; 502. Traducción de A. Kubiś.

Esto confirma que la Iglesia recomienda prudencia ante la persecución, por varios motivos: «Uno de ellos —escribe P. Allard—, la humildad cristiana, que tiene en cuenta el conocimiento y la experiencia del corazón humano... Otro argumento lo da el amor. Es malo provocar a los perseguidores para que, como consecuencia, cometan el crimen»³. Esta es una regla general que, en caso de martirio, siempre deben tener en cuenta los cristianos. Ahora es preciso mencionar y detallar el contenido de esta regla.

La Iglesia no prohíbe tener el buen deseo de martirio ni tampoco rezar para que Dios conceda la gracia del martirio. San Pedro dice que Cristo, que sufre, llama a los cristianos a dar testimonio: *Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas* (1 P 2, 21). El papa Gregorio Magno comentando las siguientes palabras de san Pablo: *Es cierta esta afirmación: Si alguno aspira al cargo de obispo, desea una noble función* (1 Tm 3, 1), explica que el Apóstol dice estas palabras en un tiempo en el que los obispos eran los primeros testigos, mártires de la Iglesia. San Pablo percibía el martirio como un deseo noble⁴. Santo Tomás de Aquino pensaba del mismo modo⁵. Según el pensamiento de H. Hedde, «los teólogos nunca tenían dificultades para demostrar la tesis que mantiene que el deseo de martirio no sólo no incluye la aceptación del pecado que comete el perseguidor, sino que no constituye ninguna participación en este pecado»⁶. Desde los primeros siglos, la Iglesia aconsejaba no tentar, no provocar; es decir, no exponerse voluntariamente sin necesidad al martirio. Sólo existía por entonces una excepción a esta regla. Los que habían negado a Jesús (*lapsi*) y tenían fuerte deseo de pagar su pecado por el camino del martirio. Ese y acontecimientos semejantes a lo largo de la historia se explican porque eran frutos de una directa inspiración del Espíritu Santo, la gente actuaba movida profundamente por una fe ardiente, por el amor al prójimo, etc. Sin embargo, entender lo ocurrido hace siglos no es nada fácil.

La Iglesia acepta la tesis según la cual, ante el martirio, uno puede huir. El martirio es un acto heroico y nadie está obligado a actuar heroicamente. El mismo Jesús huyó en varias ocasiones de los que le atacaban y querían matarle (Lc 4, 29-30; Jn 8, 59; Jn 10, 39). Aconsejaba a sus discípulos trasladarse a otro lugar ante el peligro. *Cuando os persigan en una ciudad huid a otra, y si también en ésta os persiguen, marchaos a otra* (Mt 10, 23). San Pedro (Hch 12, 1-9) y san Pablo en varias ocasiones huyen ante sus perseguidores. A lo largo de la historia hubo muchos cristianos que siguieron su ejemplo y su enseñan-

3. P. ALLARD, *Dix leçons sur le martyre*, Paris 1930, 324-325.

4. Cfr. «Quamvis notandum quod illo in tempore hoc dicitur, quo quisquis plebibus praeerat, primus ad martyrii tormenta ducebatur. Tunc ergo laudabile fuit episcopatum quaerere, quando per hunc quemque dubium non erat ad supplicia graviora pervenire», S. GREGORIUS, *Regula Pastoralis* pars I, caput VIII, B: PL 77, 21.

5. Cfr. S. THOMAS, *Sum. Theol.*, II-II, q. 185, a. 1, ad 1.

6. H. HEDDE, *Martyre. II. Notion canonique*, DThC 10 (1928) 228-229.

za. «Valientes pero prudentes a la vez, escribe H. Leclercq, evitaban las torturas; sin embargo, cuando no podrían evitarlo morían dignamente»⁷. Con razón dice H. Hedde que «evitar, *huir*, no es negar la fe. Todo lo contrario, es un confesar la fe porque la mayoría sufría otros tipos de persecuciones como, por ejemplo, destierro»⁸.

Es obvio que el martirio siempre ha sido un deseo de los cristianos celosos. Y al contrario, ha habido también épocas en las cuales el número de los *lapsi* c reció y, por tanto, fue necesario recordar que un cristiano debe saber sufrir por Cristo. Pero, como muestra la historia de la Iglesia, lo más frecuente era frenar el celo de los cristianos que se lanzaban hacia el martirio⁹. Siempre la postura de la Iglesia ha sido prudente, moderada y realista.

Sin embargo, hubo cristianos, especialmente en la Iglesia Primitiva que veían el martirio de modo extremista. Como suele pasar en posiciones extremistas, con frecuencia cambiaban de opinión. P. Allard lo caracteriza muy adecuadamente, por eso conviene mencionarlo entero.

Unos, dice, huían ante el martirio. Eran, por una parte, los Gnósticos y las sectas de los Basilianos y Valentinianos. Según algunos docetas, Jesús no podía sufrir. Por eso algunos mantenían que vale más la gnosis que la vida cotidiana práctica... Decían que el verdadero testimonio de la fe es conocer a Dios (gnosis); en cambio, el testimonio de la fe a través del martirio es suicidarse. Algunos herejes mantenían que la apostasía es aceptable si uno niega a Dios con la boca pero es fiel en el corazón. Los Basilianos enseñaban que los sufrimientos de los mártires eran, para la mayoría, la paga por sus propios pecados. Sin embargo, otros gnósticos, los seguidores de Marción, no sostenían esta doctrina, sino que, al contrario, veneraban mucho a los mártires y se sentían orgullosos de tener gran número de ellos. Del excesivo entusiasmo por el martirio surgió otra herejía que llegó desde Frigia hacia Occidente y en la que cayó el mismo Tertuliano. El montanismo exagerado exigía salir al paso del martirio. Evitar el martirio era, en su opinión, traición al Espíritu Santo. Huir ante los perseguidores, según los montanistas, constituía una culpa más grave que la apostasía. Para los fanáticos del montanismo, buscar el martirio era —como dice M. Renan— «una fiebre imposible de parar». Esa actitud encontró su expresión en los rituales de auto-mutilación del siglo IV. Otros, algunos de la secta de los donatistas, para morir como mártires (lo que ellos entendían por mártires) obligaban a otros a que les matasen. Tenemos entonces dos extremos: la «fiebre del martirio», por una parte, y el rechazo, por otra. Entre estos dos extremos oscilaban las sectas y herejías de los primeros

7. H. LECLERCQ, *Martyr*, DALC 10 (1932) 2381-2384. Traducción de A. KUBIS. Cfr. Los textos patrísticos que tratan sobre esta cuestión, en H. ACHELIS, *Das Christentum in den ersten drei Jahrhunderten*, II, Leipzig 1912, 435-436 (Exkurs 84: Flucht in der Verfolgung).

8. H. HEDDE, *Martyre. II. Notion canonique*, 229. Traducción de A. Kubis.

9. Cfr. M. VILLER, K. RAHNER, *Asceze und Mystik in der Väterzeit*, Freiburg i. Br. 1939, 36-37.

siglos. Lo que faltaba entonces era una sólida doctrina, una autoridad y una firme disciplina eclesial¹⁰.

Como los extremos no reflejan la verdad, la Iglesia los rechaza. Las herejías y sectas de la Iglesia Primitiva entienden sólo en el contexto de las persecuciones. La consecuencia de tales extremos fue negar valor o valorar excesivamente la vida terrena. Por eso son inaceptables como camino de los verdaderos seguidores de Cristo.

Sobre el testimonio de los mártires para la Iglesia, el Papa Juan Pablo II dice en la carta encíclica *Veritatis Splendor*: «La Iglesia propone el ejemplo de numerosos santos y santas, *hombres y mujeres*, que prefirieron la muerte antes que cometer un solo pecado mortal: traicionar el secreto de confesión o fornicar. El e vándolos al honor de los altares, la Iglesia ha canonizado su testimonio y declaró verdadero su juicio, según el cual el amor implica obligatoriamente el respeto de sus mandamientos, incluso en las circunstancias más graves, y el rechazo de traicionarlos, aunque fuera con la intención de salvar la propia vida» (VS, 91d).

2. EL SENTIDO ECLESIAL DEL MARTIRIO

La postura de la Iglesia respecto al martirio, señalada en la primera parte, postura prudente y concreta, refleja la importancia del martirio para la Iglesia. La relación entre Iglesia y martirio es muy estrecha. El mártir, dando testimonio (martirio) de Jesucristo, da a la vez testimonio de la Iglesia, que es el cuerpo de Jesucristo. El mártir sufre y reza por la Iglesia de Jesucristo, y su testimonio edifica la Iglesia. La Iglesia, por su parte, anunciando la Palabra y administrando los sacramentos, prepara a sus fieles para que perseveren ante las dificultades. Ahí está la fuerza de los mártires. La Iglesia se preocupa de ellos: los acompaña hasta el último momento, los entierra, inscribe sus nombres en el calendario de los mártires y finalmente los venera¹¹.

Pero para entender plenamente la relación entre el mártir y la Iglesia hay que ir más allá, superando una simple descripción de los fenómenos. El don del martirio ya estaba presente, y era valorado y proclamado en la catequesis de la Iglesia Primitiva. El fundamento de esa catequesis fueron las palabras del Señor dirigidas a los apóstoles antes de enviarlos (cfr. *Mt* 10).

10. Cfr. P. ALLARD, *Dix leçons sur le martyre*, 322-324. Cfr. A. HARNACK, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*, T. I: *Die Mission in Wort und Tat*, Leipzig 1915, 298, n. 2; M. LODS *Confesseurs et martyrs...* («Cahiers Théologiques», 41), Neuchâtel-Paris 1958, 73-76; H. F. VON CAMPENHAUSEN, *Die Idee des Martyriums in der alten Kirche*, Göttingen 1964, 113-116, 164-170.

11. Cfr. M. PELLEGRINO, *Le sens ecclésial du martyre*, «Revue des sciences religieuses» 35 (1961) 152. Cfr. también 156-174.

En este contexto se ve que el martirio es, en primer lugar, un don y una especial vocación. Es un carisma, es decir, un don espiritual dado a uno en la Iglesia y para la Iglesia. Es una especial gracia que Dios concede a quien Él quiere. Nadie la toma por su propia iniciativa ni tampoco nadie la merece por sus propios méritos¹².

Siendo el martirio un carisma, no por ello debe vincularse necesariamente a alguna función en la Iglesia. La función y el carisma han sido unidos en el caso de los Doce, pero su figura en la Iglesia es *sui generis*. En realidad hay que distinguir entre el martirio y el apostolado, aunque entre los «apóstoles» de todos los siglos siempre haya habido mártires¹³.

Esta afirmación es confirmada por dos argumentos. Primero: los sucesores de los apóstoles bajo ningún punto de vista tienen que ser necesariamente mártires. Segundo: con frecuencia ocurre que las persecuciones tocan a los que no son apóstoles en el sentido de que tengan alguna función en la Iglesia, visible, reconocida y recomendada por la misma Iglesia. Es obvio que los sucesores de los Doce no son los Doce bajo todos los aspectos, sin embargo lo son bajo cierto punto de vista. La Iglesia necesita a los mártires. Ellos confirman que la Iglesia de cada tiempo participa en los mismos carismas que la Iglesia del tiempo de los Doce. La parte importante de esta participación es el sufrimiento y el martirio, como sufrían y morían los Doce¹⁴. Hay que reconocer que el martirio pertenece, en cierto modo, a la esencia de la Iglesia, es decir, es como un elemento del concepto de lo que es la Iglesia. Eso quiere decir que las persecuciones de la Iglesia no se dan por pura casualidad, ni tampoco son fruto de errores. Tampoco se puede decir que provienen sólo de la maldad humana. El mismo Jesús, sabiendo lo que iba a pasar, hablaba de persecuciones de la Iglesia tanto por parte de los judíos como de los paganos. *¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?* (Lc 24, 26). Estas palabras describen la historia de la Iglesia de todos los siglos. La Iglesia tendrá mártires siempre que anuncie la Buena Nueva, es decir, hasta el fin del mundo.

La historia demuestra que en unas épocas hubo más persecuciones y mártires que en otras. Lo que no se puede mantener es la hipótesis de que hubo

12. «Nicht alle können Märtyrer werden, denn das Martyrium setzt eine besondere Befähigung voraus, es ist, wie schon gesagt wurde, ein Charisma in der Kirche», E. PETERSON, *Zeuge der Wahrheit (Der Märtyrer und die Kirche)*, 181. Cfr. también 175. Esa misma idea es compartida por CH. JOURNET, que escribe: «Un charisme..., c'est-à-dire non pas ici une grâce simplement miraculeuse, mais une grâce privilégiée vraiment sanctifiante, à la manière des plus hautes grâces de contemplation», *L'Église du Verbe incarné. Essai de théologie spéculative*. II. *La structure interne et son unité catholique*, Paris 1962, 319, n. 3.

13. «...da der Begriff des Märtyrers von dem des Apostoles zu unterscheiden ist, wenn gleich auch die Apostel selber Märtyrer gewesen sind», E. PETERSON, *Zeuge der Wahrheit (Der Märtyrer und die Kirche)*, 175.

14. Cfr. *ibid.*, 184. O. MICHEL dice que «jeder Jünger unter der Leidenspflicht steht. Nicht nur der Apostel, sondern jeder Jünger tritt in die Nachfolge Christi im Leiden, der Märtyrer ist also ein Sonderfall dieser Leidensregel der Kirche», *Zum «Märtyrer»-Problem*, «Theologische Blätter» 17 (1938) 88.

largas épocas sin mártires. Eso sería poner en duda la existencia de la Iglesia en aquellas épocas. Al testimonio (martirio) dado por la palabra (confesión de fe) siempre acompaña el testimonio (martirio) de sangre, y eso no es una casualidad sino una realidad ya predicha por Jesucristo.

Ante esta realidad brotan también preguntas respecto a los perseguidores, como: ¿quiénes son?, ¿qué destino les espera?, etc. No se puede hablar sobre ellos como si fuesen hombres abstractos; son hombres concretos, reales, «judíos y gentiles». Llegaron a ser enemigos del Evangelio para que el Señor pudiese mostrar para unos y para otros su rostro misericordioso¹⁵. En este momento conviene mencionar las palabras de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, que dice que en este mundo hay hombres que «engañados por el Maligno, se pusieron a razonar como personas vacías y cambiaron el Dios verdadero por un ídolo falso, sirviendo a las criaturas en vez de al Creador (cfr. *Rm* 1, 21 y 25). Otras veces, viviendo y muriendo sin Dios en este mundo, están expuestos a la desesperación más radical» (LG, 16).

La tesis de que el martirio pertenece a la esencia de la Iglesia la mantienen y defienden varios teólogos, enfocándola desde varios ámbitos. En esta cuestión, una de las mejores interpretaciones es la de K. Rahner, uno de los más grandes teólogos del siglo XX. Según Rahner, el «martirio pertenece a la esencia de la Iglesia. No ha habido y no hay épocas en la Iglesia sin martirio y mártires. ¡Además debe ser así! Precisamente porque el testimonio de la Iglesia de Jesús crucificado no se limita solamente a las palabras. El testimonio (martirio) de la vida confirma el testimonio de la palabra. No basta confesar la fe en Jesús crucificado y hacerla presente en el misterio de la Eucaristía. La Iglesia vive esta verdad también en el martirio, ofrenda de los mártires. Realmente la Iglesia vive esa verdad en todos sus fieles, en los que llevan su cruz tras Jesucristo cada día, en los que llevan estigmas de Jesús escondidos en lo cotidiano. La Iglesia no es solamente una realidad de gracia y, por tanto, invisible, sino que, precisamente gracias a esta gracia, trasciende lo invisible y vive como signo visible de lo invisible. Por esto, la crucifixión de la Iglesia se repite constantemente hasta el fin del mundo. El signo visible y el testimonio firme de esta realidad de la Iglesia es el constante martirio»¹⁶.

Por otra parte, R. Grosche mantiene que el sacerdocio se cumple en el martirio. El martirio, como el sacerdocio, pertenece a la esencia de la Iglesia de Jesucristo¹⁷. En opinión de M. Schmaus, «la Iglesia no puede ser privada de lo esen-

15. Cfr. E. PETERSON, *Zeuge der Wahrheit (Der Märtyrer und die Kirche)*, 175-178.

16. «Damit aber gehört das Martyrium zum Wesen der Kirche. Es kann nicht anders sein, als dass es immer wieder Martyrium in der Kirche gibt. Denn sie muss ja ihr Zeugnis für Christus den Kreuzigten nicht nur leben, sie muss das gelebte Zeugnis greifbar werden lassen...», *Zur Theologie des Todes. Mit einem Exkurs über das Martyrium (Quaestiones disputatae, 2)*, Freiburg-Basel-Wien 1961, 91. Traducción de A. Kubis.

17. «Das Priestertum vollendet sich im Martyrium. Daraus ergibt sich, dass wie das Priestertum, so auch das Martyrium wesentlich zur Kirche Christi gehört», R. GROSCHKE, *Pilgernde Kirche*, Freiburg i.B. 1938, 198.

cial, es decir, de la identificación plena con la ofrenda de Jesús. En consecuencia, la ofrenda siempre tiene dimensión martirial»¹⁸. Según otro teólogo, E. Barbotin, «Jesucristo es el testigo perfecto, fiel y absoluto de Dios. Por tanto, la Iglesia de Jesús, testigo fiel, es también el pueblo fiel, perfecto y un pueblo de mártires. El mártir es un privilegio para la Iglesia y, a la vez, pertenece a su misma esencia»¹⁹.

Otra conclusión sacada del Evangelio por E. Peterson es que el mártir refleja el deseo de la Iglesia de dar testimonio hacia fuera. ¿Cómo lo hace?, se pregunta E. Peterson. Responde que, por su naturaleza, el martirio tiene carácter público. Habitualmente, el mártir, antes de llegar a ser mártir, es confesor. Es decir, confiesa públicamente la fe y, por tanto, públicamente da testimonio de fe. Gracias a este procedimiento: juicio, interrogatorio, etc., el mártir tiene oportunidad de confesar públicamente la superioridad del reino de los cielos sobre el reino de la tierra. Es el testimonio dado a favor del otro mundo²⁰. Conviene subrayar que esa confesión de fe no es sólo una declaración verbal. Es algo más, es decir, es un verdadero testimonio (martirio) porque las palabras del confesor ya no son sólo palabras humanas (suyas), sino que el Espíritu Santo habla en él. En el Evangelio según san Mateo leemos: *Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros (Mt 10, 19-20)*. Según E. Peterson, hay que subrayar este aspecto del martirio porque con frecuencia no se perciben las palabras del mártir desde esta óptica. Sin embargo, la Iglesia reconoce que en las palabras **soy cristiano**, pronunciadas por un mártir ante sus perseguidores, se encuentra la profundidad del Espíritu Santo. Espíritu Santo que da testimonio de Jesucristo y de su real presencia en el mundo. En el momento de la profesión de la fe por un mártir en la tierra, el mismo Jesús pronuncia el nombre de ese mártir delante de su Padre de los Ángeles. *Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles (Mc 8, 38)*. Así que ante la realidad terrenal y celestial, la Iglesia encuentra su pública confirmación²¹.

Convenido a la Iglesia Católica, E. Peterson pone de relieve que «el mártir sufre con Jesucristo como miembro del cuerpo místico de Jesús»²². Con es-

18. M. SCHMAUS, *Katholische Dogmatik*, T. IV/1: *Die Lehre von den sakramenten*, München 1957, 155.

19. E. BARBOTIN, *Le témoignage spirituel (Thèse pour le doctorat en théologie)*, Paris 1964, 247-248.

20. «Indem aber der Märtyrer vor Gericht, im Beisein der staatlichen Öffentlichkeit sich zu dem bekennt, der in der Glorie des Vaters öffentlich wiederkommen wird, um diese Welt, Juden und Heiden zu richten, sprengt er in seinem Bekenntnis den Öffentlichkeitsbegriff dieser Welt und macht in seinen Worten den Öffentlichkeitsanspruch einer anderen, einer kommenden, einer neuen Welt kund», E. PETERSON, *Zeuge der Wahrheit (Der Märtyrer und die Kirche)*, 178.

21. Cfr. E. PETERSON, *Zeuge der Wahrheit (Der Märtyrer und die Kirche)*, 179.

22. «Das letzte, was wir den Worten Jesu entnehmen können, ist, dass der Märtyrer als ein Glied des mystischen Leibes Christi mit Christus leidet», *ibid.*, 179.

tas palabras, quiere subrayar la estrecha relación entre la muerte de Jesús y la muerte de los mártires miembros de la Iglesia. Por supuesto que hay varios modos de participar en el testimonio (martirio), y, por tanto, de confesar la fe en Jesucristo. Cuando un cristiano recibe el sacramento de bautismo, es bautizado en la muerte y resurrección de Jesús; cuando un cristiano recibe en la Eucaristía el cuerpo y la sangre de Cristo, comulga la sangre y el cuerpo de Jesús muerto y resucitado (nueva alianza). No cabe duda de que la más perfecta forma de confesar la fe y dar testimonio es el martirio de sangre. Cuando un mártir sufre el martirio, no significa que ese sufrimiento sea sólo el sufrimiento de ese mártir por y para Jesucristo. El mártir no sólo sufre por y para Jesús, sino que hasta el cumplimiento de su martirio le conduce y acompaña la muerte de **Jesucristo Hijo del Hombre**. Él, hecho hombre, padeció, murió y resucitó. En realidad, los sufrimientos de un mártir son sufrimientos de toda la Iglesia, el cuerpo místico de Jesucristo²³. Por esta razón, los mártires no forman un grupo hermético, especial, privilegiado, en la Iglesia. Son más bien los que han recibido el don del martirio, los que han sido sellados con el sello del Cordero. *Hasta que marquemos con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios... Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos (Ap 7, 2-8)*. Aunque el martirio como don ha sido concedido por voluntad de Dios sólo a algunos cristianos, todos los cristianos deben estar preparados (estar en disposición) para dar testimonio de Jesús por el martirio²⁴.

Hablando sobre el carácter eclesial del martirio, no se puede dejar de mencionar la relación mutua, el testimonio mutuo que se da; la Iglesia da testimonio sobre el martirio y el martirio sobre la Iglesia. El testimonio sobre la victoria escatológica de la gracia contiene la más profunda interpretación de lo que es el martirio. Se realiza lo que muestra; la obra de gracia abarca de igual manera a toda la Iglesia y al mártir concreto. Así se realiza el triunfo y la plena realización personal según las palabras del Señor: *yo he vencido al mundo (Jn 16, 33)*. Pero ¿qué es este testimonio mutuo de la Iglesia y del mártir? Primero el martirio tiene lugar en la Iglesia, nadie recibe el don del martirio como un motivo de orgullo o fanatismo. El martirio no es movido por odio o motivos de vanagloria. El martirio es un testimonio de que la Iglesia refleja la realidad del reino de los cielos. No se encuentra explicación natural del fenómeno de la Iglesia y mucho menos del martirio. De otro lado, el sentido más profundo del martirio se revela sólo en la Iglesia. Aquí se unen la Iglesia y la actitud de suma responsabilidad, la palabra y la muerte, «rechazo» del mundo y opción por el reino de los cielos, la vida y la muerte se unen en el martirio y

23. Cfr. *ibid.*, 179.

24. Cfr. E. PETERSON, *Zeuge der Wahrheit (Die Offenbarung und der Märtyrer)*, 200. Cfr. también Ch. JOURNET, *L'Eglise du Verbe incarné*, II, 319.

en la Iglesia. Del mismo modo que la ofrenda de la Santa Misa hace presente sacramentalmente la muerte y la resurrección de Jesucristo y es, a la vez, también nuestra ofrenda, en el martirio también se realiza la muerte y resurrección de Jesucristo siempre hasta el fin del mundo. Esto demuestra que el martirio tiene dos dimensiones: personal y comunitaria, como cada acto eclesial²⁵.

Por consiguiente, como enseña la Iglesia, es adecuado llamar al martirio bautismo de sangre. Este bautismo de sangre, como el bautismo de agua y del Espíritu Santo, borra el pecado original. Este bautismo es una cumbre de la virtud de la fortaleza y de la caridad. El martirio refleja el triunfo de Dios sobre el mundo en el hombre. Dicho con otras palabras, el mártir que muere confesando la fe en Jesucristo es un testigo fiel, es un héroe. Es un perfecto seguidor de Cristo, que es el Rey de los mártires. Es dado para la Iglesia como ejemplo y siembra de la vida futura. Es elegido, enviado para dar testimonio. Es un santo y un intercesor en la Iglesia celestial. Él, la víctima inmolada, es un cristiano.

Todo esto es afirmado por el Papa Juan Pablo II en la carta encíclica *Veritatis Splendor* diciendo: «Finalmente, el martirio es un signo preclaro de la santidad de la Iglesia: la fidelidad a la ley santa de Dios, atestiguada con la muerte es anuncio solemne y compromiso misionero *usque ad sanguinem* [...] Semillante testimonio tiene un valor extraordinario a fin de que no sólo en la sociedad civil sino incluso dentro de las mismas comunidades eclesiales no se caiga en la crisis más peligrosa que puede afectar al hombre: la confusión del bien y del mal, que hace imposible construir y conservar el orden moral de los individuos y de las comunidades. [...] Dando testimonio del bien, ellos representan un reproche viviente a cuantos transgreden la ley (cfr. *Sab* 2, 2) y hacen resonar con permanente actualidad las palabras del profeta: “¡Ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce, y dulce por amargo!” (*Is* 5, 20)» (VS, 93).

La Iglesia no olvida, conforme con su Tradición, que, en ella, junto al martirio de sangre, hay otro tipo de martirio llamado «martirio blanco», es decir sin derramamiento de sangre. Este tipo de martirio consiste en seguir a Cristo cumpliendo los mandamientos. Junto al martirio de sangre, que se sufre una sola vez, hay un martirio que se repite cada día, cotidiano, de millones de cristianos de todos los tiempos y lugares del mundo; un martirio que tiene aspecto visible, confesión y muerte ante el público, y un martirio escondido, la vida cotidiana de los cristianos; el martirio del cuerpo y el martirio del espíritu²⁶. La idea de martirio espiritual contiene, por supuesto, muchos elementos típicos del martirio de sangre. Porque lo esencial del martirio y, por tanto, su valor, viene a través de la entrega total del mártir. Esta entrega total se da muchas veces en la vida de los cristianos que viven según el Espíritu de Dios.

25. Cfr. K. RAHNER, *Zur Theologie des Todes. Mit einem Exkurs über das Martyrium*, 93-94.

26. Cfr. M. VILLER, *Le martyre et l'ascèse*, «Revue d'ascétique et de mystique» 6 (1925) 140-141.

3. MARTIRIO FUERA DE LA IGLESIA

Entre los que dieron la vida confesando la fe en Jesucristo, hay quienes en el momento de su muerte no pertenecían a la Iglesia Católica. En este caso hay que responder a las preguntas: ¿Tiene valor? ¿Se puede llamar a esas personas mártires en el sentido eclesial? La respuesta a estas dos preguntas es *sí*.

Las Iglesias y las sociedades cristianas no pertenecientes a la Iglesia Católica tienen también varios elementos importantes de la Revelación, presente plenamente en la Iglesia Católica. La Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, trata sobre este tema. Leemos: «Esta Iglesia, constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él. Sin duda, fuera de su estructura visible pueden encontrarse muchos elementos de santificación y de verdad que, como dones propios de la Iglesia de Cristo, empujan hacia la unidad católica» (LG, 8). La separación de varias de esas Iglesias se funda en no aceptar algunos elementos de la Revelación o Tradición aceptada por la Iglesia Católica. Por esa razón, no se niega la posibilidad del auténtico martirio en estas Iglesias. Los fieles pertenecientes a estas Iglesias están en disposición de llegar a ser mártires. En este caso, tales mártires sólo aparentemente no pertenecen a la Iglesia Católica. En realidad pertenecen a ella porque dieron el máximo testimonio de la fe en la Iglesia de Jesucristo y, por este hecho, han sido incorporados a la una, santa, católica y apostólica Iglesia. Es decir, el martirio une y pone de relieve lo que une y no lo que divide. La muerte de aquellos mártires confirma esa unión con la Iglesia Católica porque el martirio implica a la Iglesia Católica y la reconciliación con ella y, de otro lado, la Iglesia Católica implica martirio. Son dos realidades mutuas. En este caso se suelen mencionar palabras del papa Benedicto IV. Respondiendo a la pregunta sobre los cristianos separados (disidentes), equivocados pero que tienen buena fe y mueren como mártires, el Papa, excelente canonista, introdujo la diferencia entre martirio *coram Deo* y martirio *coram Ecclesia*. Según él, puede haber martirio en el primer sentido (*coram Deo*) sin que lo haya al mismo tiempo en el segundo (*coram Ecclesia*). El Papa hace esta pregunta: «¿A uno que cayó invenciblemente en herejía pero muere confesando la fe verdadera, podemos llamarle mártir? La respuesta más común es que puede ser mártir *coram Deo* pero no *coram Ecclesia* (*eum martyrem esse posse coram Deo, sed non coram Ecclesia*)». Para responder conviene sobre todo acudir, en primer lugar, al Evangelio según san Juan: *Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado* (Jn 15, 22). Entonces, un hereje puede convertirse en un mártir *coram Deo* cuando 1º: muere confesando un verdadero artículo de fe y 2º: tiene deseo de creer en todo lo que enseña el evangelizador competente. Después, se dice que aquel mártir no puede ser mártir *coram Ecclesia* porque la Iglesia puede reconocer a uno como mártir teniendo en cuenta los signos exteriores, es decir, lo visible. Por eso, en el caso de una herejía (lo visible), se supone también que hay herejía interior,

de la conciencia (lo invisible)²⁷. Aquellos mártires, aunque no se les proclame mártires en el sentido que se les concede oficialmente el honor de los altares, en realidad son mártires porque han dado su vida por Jesucristo y su Iglesia. En este caso, la distinción entre *coram Deo* y *coram Ecclesia* nos ayuda mucho.

Con razón Ch. Journet vincula las dos cuestiones en la teología, es decir: el problema del martirio fuera de la Iglesia con el problema de la santidad entre los hermanos separados. Sus palabras, repetidas en varios estudios suyos, para recen resumir y reflejar adecuadamente la cuestión del martirio fuera de la Iglesia. Ch. Journet dice: «La santidad heroica de los verdaderos mártires atestigua la unidad y totalidad de las normas y verdades en el ambiente religioso. Esta totalidad es una obra de Dios. No se excluye la posibilidad que esa totalidad se dé, aunque de modo parcial y “herido”, en otras Iglesias, siempre proporcionalmente a lo que han conservado de la doctrina de la Iglesia Católica, que tiene la totalidad plena. En consecuencia, no se puede decir que en esas Iglesias separadas no haya verdaderos mártires. Pero son mártires de la Iglesia verdadera (es decir católica) y no de la separada. Es así porque ellos dan testimonio (mártir) del verdadero depósito de la fe que plenamente posee la Iglesia Católica. Las Iglesias separadas poseen de modo parcial este depósito (por participación). Es decir, lo poseen no por sí mismas, por lo que las convierte en separadas, sino por participación, aunque en parte, del depósito de la Iglesia Católica. Es así porque la gracia es dada para cada hombre. Son mártires de la Iglesia Católica que vienen de fuera, pero no lo son en el sentido de que son mártires de las Iglesias separadas. Se consideran así, es decir, pueden ser mártires, porque actúan bajo una ignorancia invencible o por influencia de prejuicios que los hacen incapaces de recibir la doctrina de la Iglesia Católica. Su heroica santidad garantiza la totalidad de fe, la cual por sí misma tiende hacia la unidad y comunión con la auténtica Iglesia. Todos los mártires, los de fuera o los de dentro, a veces perseguidos por los hombres de la misma Iglesia, como en el caso de Juana de Arco, son víctimas inmoladas en y para la única Iglesia visible de Jesucristo. Los de dentro (de la Iglesia Católica), innumerables, son mártires porque confirman la fe que la Iglesia Católica posee en plenitud. Los de fuera, que son minoría, son mártires porque en su martirio optan por la fe verdadera y completa que tiene la Iglesia Católica, aunque la Iglesia a la que pertenecen en ese momento la tiene de modo incompleto y limitado»²⁸.

Esta postura es afín a lo que la Iglesia Católica enseña respecto al martirio fuera de la Iglesia Católica. Se ve cómo la Iglesia Católica se abre a las Iglesias y sociedades cristianas separadas.

La postura de la teología de la Iglesia Católica respecto al martirio fuera

27. BENEDICTUS XIV, *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione*, liber III, caput 20, 3: Prati 3, 198. Traducción de A. Kubiś.

28. Ch. JOURNET, *L'argument du martyr*, «Nova et Vetera» 6 (1931) 293-294. Cfr. también *Pour une théologie du martyr*, en *Limites de l'humain (Études carmélitaines)*, Paris 1953, 244.

de la Iglesia Católica ha sido pronunciada en el Vaticano II (Decreto *Unitatis Redintegratio* sobre el ecumenismo, n. 4) y en varias ocasiones en la enseñanza de los papas, especialmente del magisterio de Juan Pablo II. Por ejemplo, el Papa Pablo VI, en la homilía pronunciada durante la canonización de los mártires de Uganda, dijo que habría que añadir a aquellos una larga lista de neófitos y catecúmenos de la Iglesia anglicana que murieron allí como verdaderos mártires de Jesucristo (*nominis Christi causa sunt necati*)²⁹.

Juan Pablo II, en la carta encíclica *Veritatis Splendor*, dice al respecto: « En el dar testimonio del bien moral absoluto *los cristianos no están solos*. Encuentran una confirmación en el sentido moral de los pueblos y en las grandes tradiciones religiosas y sapienciales del Occidente y del Oriente, que ponen de relieve la acción interior y misteriosa del Espíritu de Dios. Puede aplicarse a todos la expresión del poeta latino Juvenal: “Considera el mayor crimen preferir la supervivencia al pudor y, por amor de la vida, perder el sentido del vivir”. La voz de la conciencia ha recordado siempre sin ambigüedad que hay verdades y valores morales por los cuales se debe estar dispuestos a dar incluso la vida» (VS, 94a.).

Los mártires *disidentes*, como es obvio, no tienen en la Iglesia Católica el derecho al título de mártir ni tampoco a tener culto como mártires. Como vemos, todo eso se aplica *coram Ecclesia*, a lo exterior, visible. Esto no quiere decir que no tengan valor como mártires *coram Deo*. Sólo Dios conoce el corazón del hombre y sus verdaderos motivos. Por eso la Iglesia Católica no se pronuncia; ni les niega la gloria del martirio ni tampoco les proclama oficialmente con su autoridad santos mártires de la Iglesia. Habría que hacerse la pregunta sobre el valor de la muerte de millones que murieron como víctimas de guerras, en campos de exterminio, etc. Un cristiano siempre debe mirar la muerte de aquellos con respeto y estima. No cabe duda de que toda sangre derramada inocentemente tiene valor ante Dios. Esto, el valor de la muerte de cada uno de ellos, sólo depende de ellos mismos, de la fe y la caridad que tenían al morir. La cuestión de si, en una concreta situación, estamos ante un martirio cristiano o no, está reservada a la declaración de una competente institución eclesiástica. No obstante, no cabe duda de que la dignidad del martirio en el sentido cristiano, está al alcance, con la gracia de Dios, de los que son fieles a la verdad revelada, aunque fuera recibida sólo parcialmente, como en el caso de las Iglesias separadas.

* * *

Concluyendo, conviene recordar que, en la época postconciliar, tiene lugar un cambio en el procedimiento canónico en el caso de la beatificación y la canonización de los mártires. El mejor ejemplo de este cambio es el santo

29. «L'Osservatore Romano» 243 (1964) 1.

Maximiliano María Kolbe. Fue proclamado beato como confesor por el Papa Pablo VI. El Papa Juan Pablo II, al canonizarlo, lo nombró santo mártir. Eso fue posible porque en el proceso de canonización, junto a los datos de tipo jurídico-teológico, también se tuvieron en cuenta los de tipo teológico-antropológico. Eso fue fruto de no percibir el martirio sólo desde el punto de vista jurídico, sino también del desarrollo de la idea del martirio en el marco de la teología bíblica. En esta concepción del martirio se subraya como modelo la muerte de Jesucristo en la cruz: *Él es víctima de propiciación por nuestros pecados no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero (1 Jn 2, 2);* y también: *Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el de dar la vida por sus amigos (Jn 15, 12-13).* No cabe duda de que el Papa Juan Pablo II, hablando sobre esta cuestión en la carta encíclica *Veritatis Splendor*, tiene en cuenta estas palabras de la Sagrada Escritura. «El martirio es, pues, también exaltación de la perfecta “humanidad” y de la verdadera “vida” de la persona, como atestigua san Ignacio de Antioquía dirigiéndose a los cristianos de Roma, lugar de su martirio: “Por favor, hermanos, no me privéis de esta vida, no queráis que muera... dejad que pueda contemplar la luz; entonces seré hombre en pleno sentido. Permitid que imite la pasión de mi Dios”» (VS, 92b).

Hoy día el valor del martirio en la Iglesia merece ser considerado adecuadamente porque siempre ha sido y es actual y muy importante en la Iglesia. Como exige el Papa Juan Pablo II, «el no poder aceptar las teorías éticas “teleológicas”, “consecuencialistas” y “proporcionalistas” que niegan la existencia de normas morales negativas relativas a comportamientos determinados y que son válidas sin excepción, halla una confirmación particularmente elocuente en el hecho del martirio cristiano, que siempre ha acompañado y acompaña la vida de la Iglesia» (VS, 90b).

Después del Concilio Vaticano II, existen varios movimientos llamados «renovadores» que, unos más conscientemente y otros menos, intentan eliminar la cruz de Jesucristo. Se pretende hacer el Evangelio y la Iglesia más «atractivos» para el mundo de hoy. Sin la cruz de Cristo —«el amor crucificado», como dice el Padre Konstanty Michalski³⁰—, es decir, sin *los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 24)*, no existe el cristianismo, ni tampoco la Iglesia. María, Madre de Jesucristo, Madre de la Iglesia, la que estaba al pie de la cruz de su Hijo, es llamada por esta razón, en la tradición cristiana, Reina de los Mártires.

30. Utiliza esta expresión con frecuencia el Padre K. Michalski; cfr. K. MICHALSKI, *Orodzie św. Pawła*, en *Dilatato corde (Studia do Dziejów Wydziału Teologicznego Uniwersytetu Jagiellońskiego, T. XIV)*, Kraków 2002, 275-322.